

NEW LEFT REVIEW 140-141

SEGUNDA ÉPOCA

MAYO-AGOSTO 2023

ARTÍCULO

GREY ANDERSON La fórmula hegemónica de la OTAN 7

POLÉMICA

TIM BARKER Sobre el «capitalismo político» 41

AARON BENANAV ¿Un exceso de capacidad devorador? 61

ARTÍCULOS

HITO STEYERL Reflexiones sobre una exposición 95

LILY LYNCH Serbia último modelo 113

TOM NAIRN La némesis burguesa 150

ZEHRA JUMABHOY Soles oscuros 175

CRÍTICA

ILYA BUDRAITSKIS Tras las huellas de Lenin 189

ALBERTO TOSCANO Foucault, de nuevo 201

ED McNALLY Una humilde gran estrategia 212

WWW.NEWLEFTREVIEW.ES

© New Left Review Ltd., 2000

Licencia Creative Commons

Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)



SUSCRÍBETE

ts
traficantes de sueños



SOBRE «LA NEMESI BORGHESE», DE TOM NAIRN

El ensayo que se publica a continuación, traducido del italiano, fue la piedra angular subterránea sobre la que se construyó la NLR rediseñada de 1964. Dos años antes, al convertirse en director de la revista, Perry Anderson invitó a Tom Nairn a formar parte del comité editorial, que al principio estaba compuesto únicamente por Robin Blackburn, Gabriel Pearson y él mismo. Nairn, que acababa de cumplir treinta años, había regresado recientemente a Londres procedente de Pisa, adonde había ido en un principio para estudiar la estética de Croce, pero donde pronto se sumergió en los cuadernos que Gramsci había escrito en la cárcel durante el periodo de entreguerras, adquiriendo de este modo una mayor comprensión de su pensamiento que la que poseía cualquier otra persona en Gran Bretaña en aquel momento. Dado que el editor de la revista también estaba interesado por Italia¹, fue una elección natural. En aquella época, Nairn se ganaba la vida en parte escribiendo para varias publicaciones periódicas de la izquierda italiana, socialistas o comunistas –Problemi del Socialismo, Il Contemporaneo, Critica Marxista, Mondo Nuovo–, donde se publicaban algunos de sus artículos, mientras que otros aparecerían en la NLR. Un eslabón fundamental en la transmisión de su obra a Italia fue Giorgio Fanti, corresponsal en Londres del diario romano Paese Sera, controlado por el PCI pero que, a diferencia de l'Unità, no era un órgano oficial del partido, por lo cual era más libre en lo que publicaba y atraía a un público más amplio. Fanti había llegado a Londres en 1960 y era una presencia activa en la escena local, una figura culta y jovial, hospitalario por igual con jóvenes y mayores en su piso de Knightsbridge. En 1963, Fanti concibió la idea de dedicar un número especial de Il Contemporaneo, el mensual cultural del PCI, a Gran Bretaña y a lo que por entonces se consideraba la crisis que azotaba al país. Le pidió a Nairn que expusiera sus ideas acerca de las consecuencias que había tenido para el orden dominante de Inglaterra el triunfo tan excepcionalmente temprano del capitalismo agrario y las razones por las que este último había terminado por convertirse en una especie de maldición para dicho orden. En Gran Bretaña, Nairn presentó una variante concisa de esta tesis, «Landed England», que bebía del trabajo de los historiadores Gordon Mingay y Michael Thompson, y que apareció en la NLR de aquella misma temporada². En alcance y profundidad, y en cuanto a su efecto, el ensayo italiano publicado aquí era de otro orden. Nairn llevaría el análisis aún más lejos; su inquieta imaginación analítica pronto ampliaría la investigación para abarcar el Partido Laborista, el imperialismo, la nueva derecha, Europa, la inmigración, la cuestión nacional o el fenómeno de «Ukania» tras los gobiernos de Thatcher/Blair... sin repetirse ni una sola vez.

¹ Véase la introducción, que hace referencia a Gramsci, a un debate sobre la desestalinización en el Comité Central del Partido Comunista Italiano publicado en Perry Anderson, «The Debate of the Central Committee of the Italian Communist Party on the 22nd Congress of the CPSU» *NLR* I /13-14, enero-abril de 1962: un número doble editado esencialmente por Raphael Samuel.

² Tom Nairn, «Landed England» *NLR* I /20, verano de 1963, pp. 116-119. Sobre la relación de Nairn con *NLR*, véase Perry Anderson, «Dos grandes pérdidas», *NLR* 139, marzo-abril de 2023.

TOM NAIRN

LA NÉMESIS BURGUESA

DURANTE SIGLOS, LA civilización burguesa de Inglaterra mostró al mundo la misma cara, la tranquila e inmutable apariencia de la más antigua y estable de las sociedades burguesas capaz de mantener a raya los desastres y las crisis en virtud de algún extraordinario secreto que poseía, gracias al cual la burguesía inglesa parecía haber encontrado la manera de domar las fuerzas de la historia, reduciéndolas a inofensivos y sensatos procesos de la evolución. En Inglaterra, al parecer, todos y cada uno de los cambios se producían para dejar todo inalterado, de modo que la tradición pudiera reinar a perpetuidad y el pasado dominara siempre el presente.

Ahora, sin embargo, el orden tradicional de la burguesía inglesa está en crisis. Y resulta evidente que no se trata de una crisis de adaptación, durante la cual el sistema se ajusta a las nuevas realidades, como ha ocurrido a menudo en el pasado. Esta vez el propio régimen se ve visiblemente sacudido por una especie de crisis *general* de la sociedad, que afecta tanto a sus valores económicos como a los espirituales. Las patentes y crecientes dificultades que atraviesa el tambaleante capitalismo en Inglaterra, la incapacidad de las elites dirigentes tradicionales para hacer frente a estos retos y la consiguiente crisis política, la profunda desorientación de la burguesía, que se plantea ahora algunas preguntas inquietantes, los nuevos fermentos que agitan la cultura y la conciencia ideológica, o los escándalos que sacuden al gobierno —de los que el mundo se ha reído a espaldas de Londres— son todos ellos síntomas, entre otros tantos, de una crisis general. Las cosas están cambiando y esta vez la naturaleza de las transformaciones en curso seguramente no permitirá que todo siga como estaba.

¿Cuál es la verdadera naturaleza de esta crisis? ¿Por qué una crisis tan profunda y general sacude tan violentamente a la sociedad inglesa en este momento histórico concreto? ¿Y por qué, después de haber sobrevivido durante tanto tiempo y haberse adaptado tan bien a los múltiples cambios, el excepcional edificio de la burguesía inglesa se dirige ahora ineludiblemente hacia una rápida extinción?

Bien mirado, la difícil situación en la que se debate ahora la burguesía inglesa aparece como una especie de némesis histórica. Al nacer fue la más favorecida de todas las burguesías; las circunstancias históricas hicieron su camino mucho más fácil que el de cualquier otra. En cierto sentido, la crisis actual no es sino el afloramiento y la expresión de contradicciones profundamente arraigadas e inherentes a aquellas antiguas condiciones de desarrollo, una especie de pago aplazado que la historia exige ahora por la buena fortuna del pasado. En la nueva situación, las consecuencias de aquellas felices circunstancias, anidadas en los pliegues profundos de la sociedad inglesa, se han convertido en una carga intolerable.

La crisis que atraviesa actualmente Inglaterra no es meramente una crisis de ajuste posimperial. Sin duda, ha sido precipitada por el fin del imperio, pero las nuevas condiciones del capitalismo inglés no son en sí mismas una explicación suficiente, ni de la excepcional complejidad y profundidad de la crisis ni de la íntima estructura de sus rasgos. En efecto, sus peculiares características derivan del hecho de que muchas de las estructuras sociales que se han visto socavadas por el ocaso del imperialismo precedieron al propio imperialismo. En su declive, el Imperio británico se llevó consigo relaciones sociales que ya estaban bien establecidas y santificadas en los albores de la era del colonialismo moderno, junto con todo un orden social que durante mucho tiempo se había aceptado como natural. Por lo tanto, si queremos comprender plenamente las dimensiones de la crisis actual, debemos remontarnos a la formación de la burguesía inglesa.

La Revolución Inglesa

Lenin observó que «cada país capitalista atraviesa una era de revolución burguesa que produce un grado específico de democracia [...] una tradición particular que impregna toda la vida política y social»¹. Las

¹ Vladimir Ilich Lenin, «Old Truths that Are Ever New», *Zvezda*, 11 de junio de 1911, en *Collected Works*, Londres, 1963, vol. 17, p. 215; traducción corregida; ed. cast.:

revoluciones inglesas fueron las de 1640, que derribó el absolutismo real y los restos del feudalismo, y la de 1688 (la revolución «gloriosa» e «incruenta»), que selló las victorias de 1640 y las convirtió en la base aceptada de todo desarrollo posterior de la sociedad inglesa.

Por regla general, las revoluciones burguesas –la Revolución francesa, la Revolución Inglesa, el *Risorgimento* italiano, la formación de la Alemania y el Japón modernos– son puntos de inflexión cruciales en el paso del feudalismo al capitalismo; mientras están en curso, se abren caminos hacia la transformación capitalista de la sociedad y la hegemonía de la clase burguesa. Para comprender la naturaleza y las características de las «tradiciones particulares» creadas por la Revolución Inglesa, debemos considerar un aspecto concreto de este proceso en lo que respecta a Gran Bretaña.

La economía precapitalista es primordial y universalmente agrícola; en cambio, una economía capitalista desarrollada es primordialmente industrial y urbana. Las revoluciones burguesas son obra de una clase urbana, sus episodios clave tienen lugar en las ciudades y, posteriormente, las ciudades dominan la historia de un modo nuevo. Sin embargo, el grado de éxito o fracaso reales de una revolución burguesa y, por lo tanto, las características generales del desarrollo social que genera, dependen en gran medida de lo que ocurra en el campo. La burguesía no puede transformar la economía agraria y la sociedad rural de la noche a la mañana: por lo general, el capitalismo penetra en el campo muy lentamente y el mundo rural sigue siendo un sector económica y socialmente atrasado de la nueva sociedad. Esto da lugar a profundas desigualdades en el desarrollo y es precisamente este desequilibrio económico y social el que generalmente determina el carácter de la futura sociedad burguesa y del Estado en su conjunto².

La primera circunstancia histórica crucial, que favoreció a la burguesía inglesa, puede resumirse en una sola frase: al principio de su desarrollo no tuvo que soportar la carga de un sector agrícola arcaico o solo lo hacía de forma limitada. Esta es la razón fundamental de muchos de los rasgos más sorprendentes y excepcionales de la sociedad burguesa en Inglaterra, de las paradojas en las que notoriamente abunda. Mientras

«Verdades viejas, pero eternamente nuevas», *Obras completas*, vol. 20.

² «El problema agrario [...] constituye el fundamento y es como el “núcleo” de la revolución burguesa de tipo clásico», Albert Soboul, «Risorgimento et Révolution bourgeoise», *La Pensée*, 95, enero-febrero de 1961.

que la mayoría de las burguesías tuvieron que luchar para liberarse de la carga económica y social de un sector agrícola atrasado o rebajarse a compromisos perjudiciales con las clases sociales retrógradas del mundo rural, el desarrollo de la burguesía inglesa tuvo lugar en un entorno agrario esencialmente favorable al progreso del capitalismo. Gracias a transformaciones que habían comenzado mucho antes de la revolución de 1640, se dieron las condiciones adecuadas para una transición inmediata de la agricultura feudal a la capitalista, es decir, del señorío feudal al latifundio moderno, gestionado con el objetivo de maximizar el beneficio mediante el empleo de mano de obra asalariada³.

En otros países, el curso de este proceso evolutivo puede observarse a lo largo de siglos enteros de desarrollo. En Francia, por ejemplo, la burguesía revolucionaria se vio obligada a destruir los grandes latifundios feudales, dividiéndolos y vendiéndolos a los campesinos, lo cual aseguró la victoria de la Revolución en ese momento, pero también dio lugar a una agricultura crónicamente subdesarrollada, consolidó el atraso y la ignorancia del mundo rural y preparó el terreno para futuros desarrollos políticos reaccionarios. En Italia, la burguesía era demasiado débil para poder abordar la cuestión de la tierra de la misma manera y se vio obligada desde un principio a acomodar las estructuras agrícolas feudales en el seno del nuevo Estado, socavándolo en su nacimiento y creando las condiciones para su posterior colapso frente al fascismo. Para la burguesía inglesa, en cambio, este tipo de cuestiones no se plantearon: las transformaciones que tuvieron lugar en el siglo XVI y principios del XVII, y que se consolidaron y potenciaron con la revolución de 1640, habían barrido tanto los obstáculos económicos de una agricultura feudal o basada en pequeños propietarios como los obstáculos sociales de una clase feudal ineficaz o de una amplia clase campesina aferrada a la tierra. La instauración del Estado burgués en Inglaterra pudo así fundarse sobre una dialéctica particular entre la ciudad y el campo, entre la burguesía y los propietarios terratenientes; el sistema de relaciones que determinaría la naturaleza y la esencia social de la sociedad burguesa inglesa se construyó sobre una base completamente diferente.

³ Richard Henry Tawney, «The Rise of the Gentry, 1558-1640», *Economic History Review*, vol. 2, núm. 1, 1941, y «The Rise of the Gentry: A Postscript», *Economic History Review*, vol. 7, núm. 1, 1954; Lawrence Stone, «The Anatomy of the Elizabethan Aristocracy», *Economic History Review*, vol. 18, núm. 1/2, 1948, y «The Elizabethan Aristocracy: A Restatement», *Economic History Review*, vol. 4, núm. 3, 1952; R. H. Tawney, *The Agrarian Problem in the Sixteenth Century*, Londres, 1912, pp. 351, 403-404.

La Revolución Inglesa debe evaluarse a la luz de estos rasgos cruciales de su historia. El carácter de la Revolución fue la primera gran ventaja concreta de la que pudo beneficiarse la burguesía inglesa, gracias a la afortunada posición en la que se encontró a partir de entonces. Pudo hacer una revolución *moderada*, que no se vio obligada a ir demasiado lejos y, por lo tanto, resignarse a ser olvidada o distorsionada⁴. Marx resumió la Revolución Inglesa y la sociedad que surgió de ella en estos términos:

El conservadurismo de la Revolución Inglesa debe atribuirse a la alianza permanente entre la burguesía y la mayor parte de los grandes terratenientes, alianza que la diferencia esencialmente de la Revolución Francesa, la revolución que abolió la gran propiedad de la tierra por medio de la parcelación. A diferencia de los terratenientes feudales franceses de 1789, esta clase de grandes terratenientes [...] no era antagónica, sino que estaba totalmente de acuerdo con las condiciones de vida de la burguesía. En realidad, sus propiedades no eran feudales sino burguesas. Por una parte, los terratenientes ponían a disposición de la burguesía industrial la mano de obra necesaria para el funcionamiento de sus fábricas y, por otra, estaban en condiciones de desarrollar la agricultura de acuerdo con el estado de la industria y el comercio. De ahí sus intereses comunes con la burguesía; de ahí su alianza con ella⁵.

La moderación, el «conservadurismo» de la Revolución inglesa ha sido considerada habitualmente como un déficit. «En comparación con la Revolución francesa, la Revolución inglesa se quedó a medio camino», observa su historiador moderno más importante⁶. Pero no está tan claro lo que significa este veredicto. Por supuesto, las victorias de la Revolución inglesa fueron en cierto sentido menos decisivas que las de la Revolución francesa, la revolución burguesa por excelencia. Se pueden distinguir dos aspectos generales de las revoluciones burguesas. Por un lado, abren el camino hacia la transformación de la estructura económica de la sociedad y hacia el establecimiento del nuevo modo de producción capitalista. Por otro, traen consigo una reestructuración de la sociedad en su conjunto sobre esta nueva base: la transformación de sus diversas superestructuras, del Estado, el derecho, el tipo de gobierno, la Iglesia, la cultura, etcétera.

⁴ Christopher Hill, «The English Revolution and the State», *Modern Quarterly*, vol. 4, núm. 2, primavera de 1949.

⁵ Karl Marx, «A Review of Guizot's Book, *Why has the English Revolution been Successful?*», en Karl Marx y Friedrich Engels, *Articles on England*, Moscú, 1971, pp. 93-94.

⁶ Christopher Hill, «The Agrarian Legislation of the Revolution», en *Puritanism and Revolution: Studies in Interpretation of the English Revolution of the Seventeenth Century*, Londres, 1958, p. 193. En «The English Revolution and the State», Hill afirma que «la Revolución Inglesa terminó en un sórdido compromiso» y que «nuestra revolución burguesa quedó incompleta», pp. 127-128.

En este segundo aspecto, la Revolución Inglesa se antoja incompleta en la medida en que solo dio lugar a una adaptación parcial y empírica de la sociedad prerrevolucionaria, pero no logró crear nuevas formas, sino que se limitó a insuflar en las viejas un contenido en cierto sentido diferente. La razón inmediata de esto es clara. Como observó Lenin en el texto que acabamos de citar, las nuevas tradiciones de una determinada sociedad burguesa dependen directamente de «si, en los momentos *decisivos*, la hegemonía pertenece a la burguesía o a los que están en el otro extremo de la escala»; es decir, de si la plebe puede «educar» a la burguesía. En la Revolución inglesa, la «plebe» desempeñó un escaso papel en la determinación del desenlace del conflicto: las fuerzas que podrían haber desempeñado el papel que más tarde jugaron los jacobinos en Francia –los *levellers* (niveladores)– fueron utilizadas por la alianza sellada entre la gran burguesía y la aristocracia terrateniente progresista para combatir y destruir al ejército real, pero fueron rápidamente desechadas en el momento en que intentaron organizarse como una fuerza autónoma deseosa de convertirse en hegemónica en el proceso revolucionario. La alianza establecida entre el radicalismo pequeñoburgués y la «plebe» –la única fuerza que quería o podría haber logrado una revolución «total», sin compromisos– fue fácilmente aplastada; tampoco debemos olvidar que el desarrollo *ideológico* de la burguesía inglesa en su conjunto, incluidos los *levellers*, era totalmente inadecuado para la tarea de lograr una revolución tan «ideal». La Revolución Inglesa fue un episodio de las convulsiones de la Reforma, llevada a cabo en nombre de ideales anteriores a la Ilustración. La burguesía revolucionaria no fue inspirada por el racionalismo burgués, sino por el Antiguo Testamento.

La relativa debilidad –o quizá directamente el fracaso– del jacobinismo inglés, ¿representó un «defecto» en el desarrollo de la sociedad burguesa? Desde la perspectiva actual de la izquierda inglesa, ciertamente parece haber constituido una laguna importante por los problemas que acabó legando a la clase obrera. Christopher Hill ha reflexionado detenidamente sobre este punto⁷. Pero desde el punto de vista de la *burguesía* –es decir, desde la perspectiva de la evolución posterior de la sociedad

⁷ Hill observa que «todavía hay más obstáculos feudales a la democracia en Inglaterra que en países como Estados Unidos o Francia, cuyas revoluciones burguesas fueron más tardías, pero más completas». «Este hábito opositor de la mente es especialmente característico del radicalismo inglés y proviene en parte de las más extensas supervivencias feudales existentes en este país, es decir, de lo que nuestra revolución burguesa tiene de incompleto», véase Ch. Hill, «The English Revolution and the State», cit. p. 128.

burguesa durante los siglos XVII, XVIII y XIX— los objetivos de tales críticas constituyeron en lugar de desventajas una decidida ventaja, como veremos a continuación. Para la burguesía inglesa, el «jacobinismo» no era necesario; por el contrario, como nos dice Gramsci, en el *Risorgimento* la burguesía italiana necesitaba una forma nacional de jacobinismo, si quería construir con éxito un Estado burgués fuerte.

De los dos aspectos diferentes de las revoluciones burguesas señalados anteriormente, el primero —la transformación de la estructura económica— es el decisivo y el segundo debe examinarse en relación con él. Como clase dominante, la burguesía se diferencia de las clases que la preceden por su participación activa en la creación de un modo de producción nuevo y revolucionario; su comportamiento en este proceso estará, por lo tanto, en consonancia con sus intereses primordiales. Por esta razón, la evolución en el ámbito superestructural durante la formación de la sociedad burguesa debe considerarse *al servicio* de la necesidad fundamental de desarrollo del capitalismo, y no como una mera consecuencia mecánica de dicho desarrollo⁸. La burguesía hace cuanto sea necesario para ganar su libertad y crear las condiciones en las que pueda acumular riqueza. En distintas circunstancias, se ha visto obligada a hacer algunas cosas muy diferentes para lograr este fin, ninguna de las cuales puede tomarse como un modelo «perfecto».

Si, como ha subrayado un estudioso de aquel periodo, «la masa, la gran mayoría de la población inglesa, era analfabeta políticamente hablando, que había soportado la Guerra Civil de modo neutral sin entender nada de lo que estaba en juego», ello se debía a que la burguesía inglesa no necesitaba apelar a las masas para garantizar la victoria de su revolución⁹. No necesitaba hacerlo, porque esencialmente no tenía que llevar a cabo una lucha de clases a muerte contra un auténtico orden feudal

⁸ Hay una tendencia general a perder de vista este hecho, porque la Revolución francesa se considera siempre como la encarnación de la «revolución burguesa» y el grado de «plenitud» de todas las demás revoluciones se evalúa en función de este criterio, lo cual ha llevado a la creencia de que tanto el capitalismo en su fase inicial como el desarrollo del Estado burgués moderno requieren una «racionalización» burguesa apropiada de la superestructura en la línea de lo efectuado en Francia. Sin embargo, este tipo de «racionalización» solo fue necesario para el éxito de la revolución burguesa en Francia; en otros lugares, cuando surgieron, las sociedades burguesas trajeron consigo muchos tipos diferentes de remanentes, no todos los cuales, además, constituyeron obstáculos para el desarrollo del capitalismo. La «racionalización» total de la sociedad solo se hace necesaria para una evolución capitalista «completa».

⁹ Henry Noel Brailsford, *The Levellers and the English Revolution*, Londres, 1961, p. 13.

encarnado en una monarquía absoluta, una poderosa burocracia estatal y un ejército. El sistema feudal inglés ya había sido debilitado por las transformaciones agrícolas antes mencionadas y, en consecuencia, una parte importante de los terratenientes de las zonas económicamente más avanzadas de Inglaterra se alinearon con la burguesía. No puede haber ninguna duda en cuanto a los resultados económicos de la Revolución Inglesa; la lucha «tuvo como resultado consolidar la preeminencia del Parlamento y liberar a la clase capitalista del control de la corona. «En la relajación de ese control reside la importancia económica de la Guerra Civil. [...] Esta eliminó la única barrera que obstruía el camino del *entrepreneur*, a quien a partir de entonces se le dejaron las manos más libres en la industria»¹⁰.

La burguesía inglesa eclosionó así en el escenario de la historia mundial sin haber encontrado excesivas dificultades; la gran violencia *militar* de su revolución no vino acompañada de la correspondiente violencia *social*, ni del tipo de guerra que implicaba un conflicto abierto entre clases e ideologías, lo cual habría permanecido durante mucho tiempo en su memoria como un trauma político y social. La comadrona de la clase burguesa no fue la pequeña burguesía radical en alianza con la «plebe», sino la clase de los *country gentlemen*: los terratenientes progresistas que participaban en la transformación capitalista del campo y que estaban encarnados en la figura de Oliver Cromwell. Fue esta gente la que «educó» a la burguesía inglesa, por usar la expresión de Lenin; tanto la explicación de gran parte del éxito de larga data de la burguesía inglesa como la clave para comprender sus problemas actuales deben buscarse en esta particular «educación». La «tradición definida» que resultó de esta «educación» ha persistido hasta nuestros días. El molde básico que se forjó en la violencia de la Revolución ha perdurado durante tres siglos: una forma insular única de sociedad burguesa que se vio fortalecida y reivindicada por su ascenso triunfal a la posición de dominio mundial y que solo ahora se ve amenazada por su propio declive y la proliferación de contradicciones internas.

La Revolución industrial

Para resumir muy brevemente la naturaleza esencial de la sociedad surgida de las revoluciones del siglo XVII podríamos decir que se trataba

¹⁰ Christopher Hill, *The Century of Revolution, 1603-1714*, Londres, 1961, p. 145 (énfasis en el original); ed. cast.: *El siglo de la revolución*, Madrid, 1992. Hill citaba a Ephraim Lipson, *The Economic History of England*, 3ª ed., Londres, 1943.

de un sistema en el que la burguesía –la clase dominante fundamental y auténtica de la sociedad– delegaba sistemáticamente, de forma más o menos completa, sus responsabilidades como clase dominante. Por un lado, la burguesía es una clase económica comprometida con la creación de un nuevo modo de producción. Por otro, dado que la llegada de este nuevo modo de producción destruye las bases de la sociedad precedente y sus correspondientes relaciones sociales, la burguesía es también una clase que se ve obligada a establecer una nueva estructura social, lo cual significa que se ve obligada a convertirse en «clase dominante» y a encontrar la forma de establecer su hegemonía sobre el conjunto de la sociedad mediante la creación de nuevas leyes, nuevas instituciones y una nueva concepción del mundo. En las condiciones específicas de Inglaterra, sin embargo, la burguesía se vio libre en gran medida de la necesidad de enfrentarse a estas tareas. No se vio obligada a demoler una estructura social y construir otra, sistemática y racionalmente, para crear su orden capitalista; comprobó que, en general, la vieja estructura se adaptaba suficientemente bien a este orden introduciendo tan solo un reducido número de modificaciones. Así pues, prefirió centrarse exclusivamente en la administración de sus propios intereses puramente económicos, dejando la responsabilidad de la hegemonía a otros.

Estos «otros» eran los terratenientes, la nueva aristocracia capitalista de la Inglaterra posrevolucionaria. Fueron ellos quienes gobernaron *directamente* Inglaterra y el Imperio británico durante los doscientos años que siguieron a la Revolución inglesa y quienes controlaron el Estado y su aparato, la Iglesia, el Ejército y la Marina; en palabras de Gramsci, fueron ellos quienes se convirtieron en «el estrato intelectual de la burguesía inglesa»¹¹. En consecuencia, mientras que la formación original de la burguesía inglesa y su revolución habían sido profundamente influenciadas y ayudadas por las características particulares del sistema agrícola inglés, podemos observar que la madurez de esta burguesía –la época clásica de su evolución y dominio– también fue moldeada por esta influencia. La burguesía inglesa se desarrolló enteramente bajo el escudo protector que le proporcionaba el capitalismo agrario, delegando en la clase agraria dominante la función de hegemonizar la sociedad más burguesa del mundo. De este modo, la Revolución industrial que inició Inglaterra –que, en palabras de Hobsbawm, fue «probablemente el acontecimiento más importante de la historia mundial y en todo caso

¹¹ Antonio Gramsci, *Sul Risorgimento*, Roma, 1959, p. 88; ed. cast.: *El Risorgimento*, Buenos Aires, 2008.

el más importante desde la invención de la agricultura y las ciudades»—tuvo lugar en una sociedad gobernada por aristócratas, con hombres, ideas e instituciones que parecían manifiestamente inadecuados y anticuados¹². Esto podría describirse como la gran paradoja de la evolución burguesa en Inglaterra.

Sin embargo, como todas las paradojas históricas, esta puede explicarse por su lógica interna; para comprender plenamente el mecanismo debemos someter las características de la estructura agraria inglesa y sus correspondientes clases sociales a un examen más minucioso. En el siglo XVIII los efectos de los «cercamientos» y las revoluciones de los doscientos años anteriores hicieron que Gran Bretaña mostrara ya una notable concentración de la propiedad de la tierra. Alrededor de cuatrocientos latifundios representaban casi el 25 por 100 de la tierra cultivada en Inglaterra y Gales; entre el 50 y el 60 por 100 estaba en manos de la pequeña aristocracia rural [*gentry*] y solo el 20 por 100 restante era titularidad de campesinos propietarios. Este proceso continuó en los siglos XVIII y XIX hasta que en la década de 1870 no más de siete mil individuos poseían el 80 por 100 de las tierras¹³. La mayoría de estas fincas se arrendaban a arrendatarios, que las trabajaban con mano de obra asalariada reclutada entre las filas del abundante proletariado rural creado por los cercamientos, es decir, por el mismo proceso que había conducido a la concentración de la propiedad de la tierra. Durante todo el siglo XVIII y gran parte del XIX, este sistema generó un orden agrario que fue el más avanzado y productivo de Europa, y durante gran parte de este periodo la agricultura fue una inversión rentable tanto para los terratenientes como para sus arrendatarios; siguió siendo el sector más importante de la economía nacional hasta que la Revolución industrial estuvo muy avanzada.

Desde el punto de vista económico, el sistema agrario era un auténtico elemento de la economía capitalista en expansión. Los ingresos que percibían los terratenientes eran una renta capitalista de la tierra, producida por la explotación capitalista del proletariado rural y no por forma feudal alguna de tributación; fue esto lo que permitió la formación de la «alianza permanente» —como observaba Marx— entre los terratenientes y la burguesía, y lo que explica cómo esta última pudo permitir que los terratenientes siguieran gobernando el país incluso después de las revoluciones burguesas.

¹² Eric Hobsbawm, *The Age of Revolution, 1789-1848*, Londres, 1962, p. 29; ed. cast.: *La era de la revolución, 1789-1848*, Barcelona, 2011.

¹³ Francis M. L. Thompson, *English Landed Society in the Nineteenth Century*, Londres, 1963, pp. 25-44.

Esto no significa, sin embargo, que en Inglaterra la agricultura fuera solo uno más de entre los muchos sectores análogos presentes en el seno de la economía capitalista; las leyes que rigen el desarrollo de la agricultura –incluso después de esta «solución inglesa excepcionalmente revolucionaria del problema agrario»– difieren de las que gobiernan la economía capitalista en su conjunto¹⁴. El capitalismo industrial no puede existir y desarrollarse «sin revolucionar constantemente los instrumentos de producción y a su vez las relaciones de producción, y con ellas todas las relaciones de la sociedad [...]. La revolución constante de la producción, la perturbación ininterrumpida de todas las condiciones sociales, la incertidumbre y la agitación distinguen a la época burguesa de todas las anteriores. La totalidad de las relaciones fijadas y congeladas, con todo su séquito de antiguos y venerables prejuicios y opiniones, son barridas y todas las nuevas se quedan anticuadas antes de que puedan osificarse»¹⁵.

Sin embargo, en lo que se refiere a la agricultura, el proceso revolucionario se vio claramente constreñido. El potencial técnico para la transformación era aquí mucho más limitado y, en el caso de la propiedad de la tierra, la institución de la propiedad privada era en sí misma un obstáculo para la completa adaptación de la agricultura a las leyes del capitalismo. La transformación capitalista del sistema agrario estaba, por lo tanto, sujeta a algunos límites claros (mucho más que en territorios como Australia y Estados Unidos, donde no existían derechos de propiedad preexistentes susceptibles de haber obstaculizado la explotación capitalista).

Así, a pesar del carácter relativamente avanzado del sistema agrario inglés, y aunque constituía un sector económico y social fundamentalmente unido al capitalismo, aquel se convirtió muy pronto en un ámbito de conservadurismo en relación con el conjunto de la sociedad. A partir de mediados del siglo XVIII, las transformaciones en este ámbito fueron insignificantes al lado del prodigioso desarrollo del capitalismo industrial. Aunque la sociedad agraria de Inglaterra parecía avanzada y de clara impronta burguesa si se la comparaba con la de la mayoría de los demás países, al lado del mundo de la nueva burguesía industrial de Manchester era sin duda estática y reaccionaria, además de depositaria de tradiciones inmemoriales. Además, el orden social en la campiña

¹⁴ E. Hobsbawm, *The Age of Revolution*, cit. p. 31.

¹⁵ Karl Marx y Friedrich Engels, *The Communist Manifesto*, Londres, 1948, pp. 16-17; ed. cast. *El Manifiesto comunista*, Barcelona, Verso Libros, 2023]

inglesa era mucho más retrógrado de lo que cabía razonablemente esperar en virtud a su desarrollo de los modos de producción capitalistas. En la sociedad agraria, las relaciones sociales reales y el desarrollo de la conciencia no reflejaban en modo alguno mecánicamente esta infraestructura. Marx nos enseña cómo en general el capitalismo «ha acabado con todas las relaciones feudales, patriarcales, idílicas. Ha desgarrado sin piedad los abigarrados lazos feudales que ataban al hombre a sus “superiores naturales” [...]. En una palabra, ha sustituido la explotación velada, por ilusiones religiosas y políticas, por la explotación desnuda, desvergonzada, directa, brutal»¹⁶.

En Inglaterra, sin embargo, la aparición del capitalismo agrario fue un proceso lento que duró siglos. La Revolución Inglesa no llamó a las masas agrícolas a derrocar a sus amos feudales y, por lo tanto, a irrumpir violentamente en el mundo moderno; al contrario, la burguesía apoyó la expropiación continuada de los campesinos y la creación de vastos latifundios agrícolas modernos. Las masas rurales fueron víctimas inconscientes del progreso, incapaces de defenderse y, por consiguiente, de ejercer influencia alguna mediante la resistencia en la configuración final de la sociedad agraria.

Por esta razón, la llegada del capitalismo agrario no condujo de hecho a la destrucción de esos «abigarrados lazos feudales» e «ilusiones» de los que hablaba Marx, sino que fue perfectamente compatible con la preservación de una vasta y compleja red de relaciones procedentes del molde feudal. De acuerdo con estas relaciones, los explotadores del nuevo modo de producción siguieron apareciendo como «superiores naturales» y la sociedad agrícola en su totalidad siguió basándose en un estilo feudal de jerarquía de clases: los grandes terratenientes, por encima de la clase de los señores del campo, o *squires*; los señores, por encima de los campesinos arrendatarios; los arrendatarios, por encima de los pequeños propietarios; y por debajo de todos ellos, el mísero proletariado rural. El respeto y la deferencia hacia los superiores seguían siendo el fundamento de este orden social y en el siglo XIX todavía constituían «la actitud natural de un mundo en el que cada hombre conocía su lugar y reconocía a sus superiores», y donde existía un «respeto irreflexivo por el rango y el título»¹⁷. Esta estructura social pseudofeudal enmascaraba

¹⁶ *Ibid.* p. 16.

¹⁷ Francis M. L. Thompson, *English Landed Society in the Nineteenth Century*, Londres, 1963, pp. 25-44.

claramente, y al mismo tiempo fortalecía, el nuevo modo de explotación; los nuevos terratenientes aristocráticos-burgueses –la nueva aristocracia capitalista– tenían todo el interés en que este engaño persistiera y en que estas «relaciones feudales, patriarcales e idílicas» no llegaran a su fin.

En la cúspide de este orden social se encontraban los grandes terratenientes, los amos «natos» de las zonas rurales y de la nación en su conjunto; se trataba de una aristocracia que había descubierto el secreto de cómo seguir siendo aristocrática, poderosa y rica en el nuevo mundo capitalista. Se mantuvo genuinamente aristocrática, porque no se implicó, sino marginalmente, en los nuevos procesos de producción. En su mayor parte, el papel empresarial fue desempeñado por los agricultores arrendatarios, que, como capitalistas agrarios, explotaban directamente a los trabajadores asalariados y luego transferían una parte de los beneficios obtenidos a los terratenientes. Así pues, la aristocracia siguió siendo rica, porque junto al crecimiento del industrialismo la agricultura prosperaba y los beneficios aumentaban constantemente, y siguió siendo poderosa, porque conservaba una posición hegemónica única en la sociedad industrial.

La necesidad de someter la situación agraria a un examen tan minucioso deriva precisamente de esta cuestión de la hegemonía de la aristocracia en una sociedad burguesa, mientras que la aceptación por parte de la burguesía del dominio aristocrático implicaba, por supuesto, su aceptación de los valores del mundo aristocrático. Podría decirse que la aristocracia terrateniente representaba la elite dominante e intelectual (en el sentido gramsciano) de la burguesía inglesa; pero no era una elite que hubiera sido reclutada en modo alguno en el seno de la propia burguesía y luego elegida por ella. Por el contrario, desde la perspectiva del mundo burgués, parecía ser una elite *natural*, producida directamente por generaciones anteriores de aristócratas terratenientes, que siempre habían gobernado y cuyos representantes siempre habían ocupado los escaños de la Cámara de los Comunes. Al mismo tiempo, no era una elite que tuviera una función específica o predominante, como pudiera ser la militar; en países burgueses como Alemania y Japón, por ejemplo, un aspecto significativo de la adaptación de las clases feudales al capitalismo fue su especialización como clase militar, lo que les permitió convertirse en los líderes de un tipo de organización social en la que las jerarquías y las relaciones de naturaleza feudal seguían siendo necesarias. En Inglaterra, por el contrario, en parte debido a su carácter

insular, el Estado feudal no había considerado necesario desarrollar un ejército permanente y, menos aún, el Estado burgués; para su aristocracia posrevolucionaria, el papel de una clase militar era, pues, tan solo una de sus diversas funciones. La función de esta aristocracia no militar puede describirse mejor como de *liderazgo* general, ejercido a través de una serie de superestructuras diferentes. Aceptada como una clase de individuos superiores por su propia naturaleza, que «sabían gobernar» y tenían «el don» del liderazgo, la aristocracia influyó y dominó el espíritu de la sociedad burguesa.

En el siglo XVIII y la primera parte del XIX, el comercio inglés disfrutó de una expansión ininterrumpida y la burguesía mercantil inglesa dominó el comercio mundial; mediante una batalla librada indistintamente tanto contra el *ancien régime* francés como contra la Revolución francesa, la burguesía inglesa construyó un imperio colonial y se enriqueció con el comercio de esclavos. En el interior, desde los puertos coloniales (especialmente Liverpool, centro del comercio de esclavos, la manufactura del algodón —el timón de la Revolución Industrial— creció de forma vertiginosa. Tanto su importación en bruto como la exportación de productos manufacturados de algodón se centuplicaron en pocas décadas; a través de la maquinaria impulsada por el vapor y la industria algodonera, la nueva burguesía industrial penetró en todos los rincones del mundo conocido, utilizando y al mismo tiempo transformando el imperio, que la antigua burguesía mercantil había creado. En el norte de Inglaterra y en las Lowlands escocesas surgió una nueva sociedad totalmente nueva: una sociedad vulgarmente utilitaria, la sociedad puramente burguesa del industrialismo inglés puesta enteramente al servicio de las enormes fábricas y de las minas que representaban el 90 por 100 de la producción mundial de carbón. Aquí fue donde tuvo lugar la verdadera revolución global de la clase burguesa inglesa; aquí, a este nivel, el de esta revolución económica para la que la Revolución Inglesa había preparado el terreno, fue radical y completamente racional. Esta era la esencia de la nueva sociedad: el nuevo mundo que tuvo su origen en las victorias de Cromwell en Marston Moor y Naseby.

La lógica del pseudofeudalismo

¿Qué tipo de relación unía este nuevo mundo social de la Revolución Industrial con el mundo conservador de los terratenientes, el mundo del pseudofeudalismo agrario? ¿Cuál era el significado profundo de la

dominación del primero por parte del segundo? ¿Cuál era el propósito de esta insólita dialéctica social gracias a la cual la Gran Bretaña burguesa desempeñaba su papel en la escena mundial envuelta en ropajes arcaicos, con una extraña fachada de instituciones, ideas y costumbres no burguesas –o solo parcialmente burguesas–, dotadas de innumerables retazos de un mundo que se había eclipsado?

Desde un punto de vista negativo, es bastante fácil identificar las ventajas que la burguesía industrial en proceso de desarrollo disfrutó en el seno de este sistema. Como hemos visto, el resultado general de la Revolución industrial fue, en esencia, una divergencia entre la evolución de la estructura y la evolución de la superestructura. La burguesía inglesa no había necesitado generar una revolución superestructural propiamente dicha para modificar una estructura económica preexistente; en consecuencia, el orden posrevolucionario clásico de la sociedad burguesa consistió simplemente en una sistematización de esta divergencia. Desde el punto de vista económico, la Revolución había salido victoriosa. En consecuencia, aún menos que antes, la burguesía apenas sentía el deseo o percibía la necesidad de ser racional y de seguir los principios de una lógica burguesa abstracta en todos sus asuntos por conveniencia de los historiadores futuros: se trataba de los mismos principios que les habían presentado las fuerzas de la Revolución francesa y contra los que habían luchado. En general, la elite terrateniente gobernaba en función de los intereses de esta por lo que la burguesía inglesa era libre de concentrar todas sus energías en la economía y la conquista de los mercados mundiales.

Es ciertamente difícil no sentir algo de desprecio por una clase que estaba revolucionando el mundo de una manera tan radical y tan carente de precedentes, pero que al mismo tiempo, sin embargo, presentaba una imagen tan ridícula y lamentable en todos los demás frentes al hilo del triste egoísmo de su filosofía y el provincianismo absurdo de su cultura y de su religión. Seguía siendo solo una clase corporativa, por así decirlo, dentro de la sociedad burguesa, es decir, la sociedad revolucionada por los nuevos medios de producción que esta clase había introducido. Por un lado, la burguesía inglesa cambió el curso de la historia de la humanidad, trastrocó sociedades que habían sobrevivido durante milenios y «realizó maravillas que superaron con creces a las pirámides egipcias, los acueductos romanos y las catedrales góticas»¹⁸. Por otro, su principal ejercicio espiritual consistía en cantar himnos estúpidos en las capillas

¹⁸ K. Marx y F. Engels, *The Communist Manifesto*, cit. p. 16.

de las sectas protestantes. Si estos burgueses levantaban los ojos por encima de sus máquinas y libros de contabilidad, era solo para dejarse impresionar por el glamour de otra clase: sus «superiores naturales», la aristocracia. Entre los representantes típicos de la burguesía se encontraban los utilitaristas ingleses, en particular el inefable Jeremy Bentham, que sostenía que la Declaración de los Derechos del Hombre de 1789 era «antisocial»: «Sean como fueren los artículos, a mi modo de ver deben clasificarse en tres categorías: 1. Ininteligibles; 2. Falsos; 3. Una mezcla de ambos»¹⁹. Sin embargo, los utilitaristas eran en todo caso más completamente burgueses que otras burguesías y no tenían ninguna razón para comportarse de forma diferente.

Habría sido razonable esperar un declive gradual de la hegemonía aristocrática y su sustitución por métodos burgueses y burocráticos más racionales. Sin embargo, no fue así. Resulta claro que, a partir de 1800, las clases terratenientes fueron perdiendo gradualmente peso específico e importancia; si en el siglo XVIII habían representado el sector más rico de la sociedad, durante el siglo XIX la agricultura se volvió relativamente poco significativa como fuente de empleo y de ingresos, mientras las clases agrícolas reducían su peso como fracción de la población en su conjunto. En 1832, con la ambiciosa *Great Reform Bill*, la burguesía se aseguró un control más directo y completo sobre el Parlamento. En 1846, se derogaron las *Corn Laws*: se trataba de los antiguos derechos de aduana sobre importación de cereales extranjeros, que los terratenientes habían mantenido para proteger del modo más eficaz sus intereses económicos en el sector agrícola. Sin embargo, estos cambios fundamentales en el equilibrio dentro del bloque dominante no trajeron consigo ningún impulso real hacia la racionalización de la sociedad inglesa; no hubo ningún debilitamiento del amor de la burguesía por la tradición y las costumbres populares, ni siquiera a mediados del siglo XIX, cuando el Imperio británico estaba en la cima de su esplendor. Cuando la clase terrateniente ya no fue capaz de sostener por sí sola la creciente carga de la hegemonía, la burguesía hizo lo que pudo para extender artificialmente el mismo modo de gobierno de elite mediante formas que se examinan más adelante. Está claro, pues, que también deben haber existido algunas razones de naturaleza *positiva* que expliquen la continuada aceptación por parte de la burguesía del pseudofeudalismo como su código de valores: algunos motivos de vital importancia, que la dejaron obstinadamente apegada a estas costumbres sociales y a esta visión del mundo.

¹⁹ Jeremy Bentham, *Works*, ed. John Bowring, Edimburgo, 1838-1843, vol. 10, pp. 214-215.

Estas razones hay que buscarlas, por supuesto, en la emergencia del proletariado como clase importante por derecho propio: destinado a convertirse muy pronto en la clase más numerosa de Inglaterra, era también potencialmente la más capaz de derrocar al mismo tiempo a la burguesía y a la aristocracia, como demostró el desarrollo del cartismo en las décadas de 1830 y 1840. Según el análisis de Georg Lukács, «incluso antes de que [la burguesía] hubiera derrotado a su predecesor, el feudalismo, su nuevo enemigo, el proletariado, había aparecido en escena [...] la burguesía hizo cuanto estuvo en su mano para erradicar el hecho del conflicto de clases de la conciencia de la sociedad, aunque el conflicto de clases solo había surgido en su pureza y se había establecido como un hecho histórico con el advenimiento del capitalismo»²⁰. En Inglaterra, esta necesaria tarea se vio facilitada por las condiciones particulares en las que operaba la burguesía: fue en este nuevo contexto donde los grandes méritos de la «moderación» de la Revolución inglesa quedaron patentes y donde la ausencia de cualquier forma de jacobinismo en la tradición burguesa se convirtió en una gran virtud. El «fracaso» de la burguesía inglesa se transformó, paradójicamente, en uno de sus triunfos.

La burguesía inglesa sigue considerándose a sí misma hoy «la clase media», un mero estrato intermedio de la sociedad situado entre las clases dominantes (o superiores) y la clase obrera; y en vista de la función y las características de los terratenientes, es lógico que parezca ocupar esta posición. La naturaleza y la orientación corporativas de la burguesía, la estrechez de miras y el provincianismo de su perspectiva, así como su materialismo escuálido y filisteo eran, en cierto modo, el reverso de la hegemonía aristocrática, y puesto que esta hegemonía se consideraba algo *natural*, todo lo demás, en consecuencia, parecía igualmente natural. Tanto en las ciudades como en el campo, en la Inglaterra burguesa solo había en realidad dos clases, los explotadores y los explotados; sin embargo, persistía una aparente jerarquía de clases sociales y, dentro de ella, como en la jerarquía de rango vigente en las zonas rurales, cada cual conocía su lugar y dónde estaba situado, desde la perspectiva social, en relación a sus superiores e inferiores «naturales».

De este modo surgió lo que podríamos denominar el esnobismo estructural de la burguesía inglesa, que es uno de sus rasgos más conocidos y ridículos. El aspecto crucial de este fenómeno cultural y social fue

²⁰ Georg Lukács, *Histoire et conscience de classe*, París, 1960, p. 86; ed. cast.: *Historia y conciencia de clase*, Madrid, 2021.

la aceptación de un concepto anticuado de clase social, importado al mundo moderno por el capitalismo agrario inglés, en virtud del cual las clases, las relaciones sociales y la conciencia de clase no tendrían ningún vínculo directo con el proceso de producción, sino, por el contrario, con los «estamentos» feudales, pudiéndose distinguirse estos por la posición que ocupan en una jerarquía predeterminada, así como por una amplia gama de características secundarias: la manera de vestir, el acento, las costumbres, el modo de pensar y sentir, etcétera. De ahí la absurda proliferación de divisiones, subdivisiones y matices de la vida social inglesa, la curiosa rigidez de las distinciones de clase y el carácter obsesivo de la conciencia de clase inseparable de esta concepción.

En realidad, este extraño fenómeno no era sino una falsificación masiva del concepto de clase: una visión mistificada de la estructura social derivada de las propias condiciones de existencia de la burguesía y profundamente arraigada en ellas. Este concepto ideológico, aceptado por la burguesía como un hecho, se impuso como tal al proletariado emergente y demostró poseer un notable poder de distorsión. La ideología burguesa clásica venera la igualdad; la ideología burguesa inglesa, en cambio, santifica la *desigualdad* y hace que la ausencia de igualdad en el rango y la función sociales parezca inevitable. No cuestiona, por lo tanto, las desigualdades manifiestas de la sociedad capitalista y suprime las ideas subversivas. Esta ideología no tiene rival en cuanto a su efecto soporífero y su éxito a la hora de sumergir a toda la sociedad en un letargo conservador. Un pasaje del obrero y escritor Robert Tressell, publicado por primera vez en 1914, transmite una idea de las consecuencias:

Cuando Owen pensó en el futuro de su hijo surgió en su interior un sentimiento de odio y furia contra la mayoría de sus compañeros de trabajo. *Eran el enemigo*. Aquellos que no solo se sometían tranquilamente, como ganado, al estado de cosas existente, sino que lo defendían y se oponían, ridiculizándola, a cualquier sugerencia de alterarlo. *Ellos eran los verdaderos opresores*, los hombres que hablaban de sí mismos como «la gente como nosotros», y que [...] consideraban que lo que había sido lo bastante bueno para ellos debía ser lo bastante bueno para los niños que ellos habían traído al mundo²¹.

Esta ideología era, además, la base de un vasto y complejo arsenal de dominación ideológica, una especie de hegemonía que permitía a la burguesía inglesa renunciar al uso de medios directos de represión, tales

²¹ Robert Tressell, *The Ragged Trousered Philanthropists* (ed. completa), Londres, 1955, p. 46 (énfasis en el original); ed. cast. *Los filántropos en harapos*, Madrid, 2014.

como una fuerza policial armada. La ideología burguesa clásica celebra la razón humana y el poder de la razón sobre la sociedad. La ideología burguesa inglesa venera lo contrario de la razón, es decir, la tradición y la autoridad del pasado sobre el presente. Según esta ideología, las cosas en general están bien como están; si algún aspecto de la herencia social del pasado no es justo, puede ponerse de relieve y luego corregirse *empíricamente*, sin recurrir a teorías o concepciones abstractas sobre cómo debería ser la sociedad. La naturaleza dual de esta ideología, a la vez tradicionalista y empírica, refleja claramente la esencia de la experiencia histórica de la burguesía inglesa: su propicio legado del pasado y la forma en que, sin saberlo, había ascendido al poder. Con la misma claridad, esta ideología es totalmente coherente con los intereses de las clases dominantes. La exposición a las glorias del racionalismo burgués podría animar a las clases bajas a pensar; en cambio, el «empirismo», que significa «antiideología», les enseña que hacerlo no tiene sentido. Aquí, de nuevo, los «defectos» de la revolución burguesa de Inglaterra se transforman, en una etapa posterior de su desarrollo, en ventajas.

Su propio provincianismo –las diferencias evidentes entre la sociedad burguesa de Gran Bretaña y la de otros lugares– representaba una forma sutil de hegemonía. Tras su temprano ascenso al poder, que tuvo que ver con la victoria general de la Revolución y los acontecimientos que la siguieron, la burguesía inglesa quedó automáticamente al margen de las principales corrientes de la cultura europea. El pensamiento revolucionario francés y la filosofía clásica alemana tuvieron una influencia meramente superficial, que en el mejor de los casos solo podía producir imitaciones anémicas de los originales; como consecuencia de ello, a su vez, Inglaterra fue necesariamente impermeable al marxismo, al no haber absorbido las fuentes del marxismo que se encontraban dentro de esa misma cultura burguesa.

Otra arma de hegemonía extraordinariamente valiosa fue la religiosidad. Esta también adoptó una forma característicamente insular, que no estaba determinada por la imposición de una religión establecida y aprobada por el Estado. La religión estatal de Inglaterra, el anglicanismo, era la fe de la elite gobernante y de la alta burguesía, y no pretendía ser otra cosa. La pequeña burguesía y algunos elementos de la clase obrera, por el contrario, desarrollaron sus creencias religiosas de forma autónoma; en estas circunstancias, la protesta y la oposición adoptaron naturalmente un ropaje religioso, lo que las condenó a la asfixia desde

su mismísimo nacimiento. Por si no bastara con el tradicionalismo, el empirismo, el provincianismo y una conciencia de clase distorsionada, los movimientos obreros y socialistas ingleses también se vieron lastrados por el moralismo y una concepción religiosa del mundo, que se asumía que era el lenguaje apropiado y natural de la rebelión. Sin embargo, mientras que el protestantismo de izquierda había sido un arma eficaz en la sociedad del siglo XVII, en los siglos XIX y XX se había convertido en un anacronismo.

Por último, hay que señalar que el largo periodo de tutela por parte de la aristocracia proporcionó a la burguesía algunas ideas que resultaron muy útiles para la estrategia y la táctica de gobierno. La elite agraria, precisamente a causa de su propia posición en relación con las clases subordinadas sobre las que gobernaba, se vio obligada a *alcanzar compromisos*, sacrificando sus propios intereses económicos cuando era necesario al objetivo de preservar tanto poder sobre la sociedad como fuera posible (como ocurrió en 1832 y 1846). El don del realismo y la capacidad de llegar a compromisos se inculcó así en la tradición política inglesa en beneficio de todos los gobernantes posteriores.

El planteamiento del «laissez faire»

El orden social descrito anteriormente sigue siendo reconocible en la Inglaterra actual. Se vio fortalecido por los éxitos de mediados del siglo XIX, cuando el país era «el déspota de los mercados mundiales», y quedó consolidado después de 1880 por la era del imperialismo. Su estructura sufrió un cambio importante en la segunda mitad del siglo XIX, pero sin afectar a su función. Dado que la clase terrateniente, en fase de declive, ya no podía proporcionar suficiente personal para el gobierno político –al tiempo que se requería un número cada vez mayor de funcionarios–, se hizo necesario encontrar una forma de mantener la hegemonía de la elite. Con vistas a ello se *institucionalizó* su formación y se fabricó una aristocracia: se educaron «caballeros» artificiales para suplir la escasez de ejemplares auténticos. Por supuesto, esta operación no podía llevarse a cabo a la manera tosca de los franceses, utilizando instituciones educativas estatales; en su lugar, se recurrió a las llamadas *public schools* (en realidad, escuelas privadas de pago) y a las antiguas universidades independientes de Oxford y Cambridge. Todo ello se efectuó mediante un proceso empírico de desarrollo natural, simple e instintivo, en la mejor tradición inglesa. El resultado fue la continuación del tipo de hegemonía

que hemos descrito, lo que demuestra, entre otras cosas, lo intensamente apegada a ella que estaba la burguesía.

Hemos llamado a esta estructura social sistema de hegemonía delegada. Para comprender plenamente su significado y ver por qué se ha convertido en una carga más que en una ventaja para la burguesía actual, debemos examinar ahora la condición esencial de un sistema de elites como este. El principio económico y político del *laissez faire* ha sido uno de los preceptos fundamentales de la burguesía económica inglesa; Gran Bretaña fue el país donde este principio operó con mayor libertad durante gran parte del siglo XIX. Se ha considerado, con razón, como una expresión de la supremacía económica inglesa: una libertad absoluta en el comercio, así como la más libre de las competencias, contaban, por supuesto, con el pleno respaldo del país que era el mayor productor del mundo y cuyos intereses consistían en aumentar las exportaciones y las importaciones. Sin embargo, el régimen de *laissez-faire* también se ajustaba como un guante a las necesidades del orden social descrito anteriormente.

Era un orden basado en la separación entre la economía –responsabilidad exclusiva de la burguesía– y las demás cuestiones –es decir, la hegemonía política y cultural, y demás asuntos relacionados–, que a su vez eran prerrogativa de la «clase dominante». El objetivo de estos acuerdos era «*laissez faire*» a los propios burgueses, proporcionándoles un aparato estatal y hegemónico –con sus múltiples ventajas desde la perspectiva de la burguesía– que no intervenía activa ni directamente en la vida económica. Los negocios eran responsabilidad de la burguesía. El grupo dirigente, formado por *gentlemen* intelectuales, era por definición incapaz de intervenir en las cuestiones de la economía, que eran los misterios corporativos de la burguesía; la única excepción posible a esta regla era el sector bancario y de las altas finanzas, relativamente apto para algunos de estos caballeros. La condición esencial para la existencia del insólito orden social de la sociedad inglesa tradicional ha sido, por lo tanto, la posibilidad de esta separación de funciones y la conveniencia de aplicar el principio económico del *laissez faire* a la sociedad en cuestión.

La hora de la verdad

No es este el lugar para describir la naturaleza del imperialismo inglés y la crisis económica que su declive ha provocado en la sociedad. La cuestión planteada al principio de este artículo era por qué esta crisis

económica ha desembocado en la profunda crisis general de la sociedad del tipo que Inglaterra está sufriendo ahora, con todas sus numerosas consecuencias ideológicas y culturales. La explicación reside en el hecho de que la principal condición de existencia del orden social tradicional de la burguesía inglesa ya no existe. La crisis económica no ha hecho más que llamar la atención sobre el fracaso de este orden. El tipo de gobierno de elite («el *establishment*», en la terminología actual), que fue producto del desarrollo temprano de la burguesía y que había resultado muy ventajoso a pesar de su aparente falta de lógica, se ha convertido ahora en una carga.

Desde finales del siglo XIX, el vínculo entre el Estado y la economía es cada vez más estrecho. El control por parte del Estado, del gobierno y de su Administración pública sobre la vida económica del país se ha ido ampliando cada vez más. No obstante, ello no podía suponer más que un debilitamiento gradual de las tradiciones anteriores (incluso bajo las políticas del gobierno laborista de 1945-1950), mientras la función real del Estado siguiera restringida a la mera *administración* de las cuestiones económicas. Por el contrario, la crisis ha puesto claramente de manifiesto que el Estado tiene que implicarse activamente y gestionar la economía, si quiere resolver sus problemas. La economía no se autorregula espontáneamente, como lo haría en un sistema de *laissez-faire*, si este siguiera funcionando. Así lo demuestran la duración y la cronicidad de la crisis actual.

Sin embargo, hay más. El problema económico al que se enfrenta ahora la burguesía es cómo lograr una regeneración profunda de la economía tras un largo periodo de estancamiento imperialista; cómo asegurar una reactivación económica, que pueda restaurar la capacidad del capitalismo inglés para competir en los mercados mundiales. En las condiciones actuales, ello requiere no solo asignar al Estado una función diferente y efectuar un cambio en la política económica del gobierno, sino también una *racionalización general* de las superestructuras del país y una subordinación general de la vida social a las necesidades del desarrollo capitalista. En razón de ello, todo el conservadurismo tan profundamente arraigado en la sociedad se ve ahora seriamente amenazado y con él las tradiciones, prácticas, rituales, distorsiones, prohibiciones y sentimientos religiosos, que en el pasado prestaron tan grandes servicios a la burguesía. Este legado, resultado de la buena fortuna inicial de esta clase social y expresión de su insólito sistema de hegemonía, se ha convertido

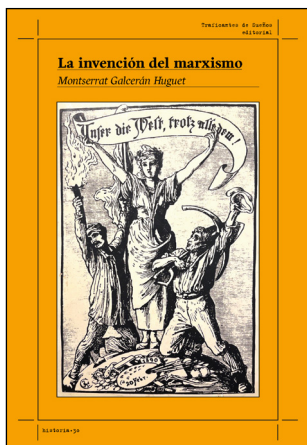
en una maldición que el gobierno conservador y todos los portavoces y publicistas de la burguesía tratan desesperadamente de exorcizar. El reino de las elites está condenado o, como mínimo, es necesario crear una nueva elite, en la línea de la elite tecnocrática de la V República francesa, por ejemplo. En conclusión, la crisis puede describirse como una crisis de las formas de hegemonía de la burguesía, provocada por la crisis económica y las nuevas exigencias económicas del neocapitalismo. No es, por lo tanto, una crisis de la burguesía o de la dominación burguesa *como tal*, sino de las formas particulares que ha adoptado el poder burgués en el pasado y de todas las manifestaciones sociales, culturales e ideológicas de ese poder. La hora de la verdad para la burguesía inglesa ha tardado en llegar. Ahora, sin embargo, tiene que evaluar el coste de su buena fortuna inicial y, por primera vez en su larga historia, lamenta y rechaza su propio pasado.

Tom Nairn recibió el encargo original de escribir este texto en 1963 para un número doble especial de la revista cultural del PCI, *Il Contemporaneo*, centrado en los acontecimientos de Gran Bretaña; se publicó como «La nemesi borghese», *Il Contemporaneo*, núms. 63-64, agosto-septiembre de 1963.

traficantes de sueños

www.traficantes.net

C/Duque de Alba 13, 28012. Madrid



La invención del marxismo

Estudio sobre la formación del
marxismo en la socialdemocracia
alemana del siglo XIX

Montserrat Galcerán

Colección: historia 30

PVP: 20 €

A la muerte de Marx, el 14 de marzo de 1883, el marxismo no existía. Circulaba sin duda alguna mala copia del viejo *Manifiesto comunista* y se había reimpresso el primer volumen de *El Capital*. Había también una traducción francesa de ese primer tomo, además de diversos textos breves, folletos y panfletos: el análisis de la Comuna de 1871, el discurso en el Congreso de La Haya de la Internacional... ¿Cómo entonces se produjo esta identificación entre socialdemocracia y movimiento obrero? En este libro, Montserrat Galcerán realiza una investigación histórica sobre la formación del marxismo a partir de su portador, el movimiento obrero. La autora rastrea los principales acontecimientos en cuyas interpretaciones se fraguó esta doctrina: las discusiones y publicaciones de la época, las tomas de posición político-teórica del movimiento obrero y especialmente de su organización paradigmática, la socialdemocracia alemana de finales de siglo XIX. Bajo esta perspectiva, el marxismo aparece no tanto como la aplicación práctica de las tesis de Marx, que como una lectura e interpretación específica de las mismas en el marco de la socialdemocracia. El marxismo fue sencillamente una invención funcional a un contexto donde las expectativas revolucionarias del propio Marx habían dejado de operar.